

eran anchas, y estaban tiradas á cordel. En el centro del pueblo se hallaba la plaza pública, formada por la Iglesia, la casa de los padres, el arsenal, el granero comun, la casa de refugio y el hospicio para los forasteros. Las Iglesias eran muy hermosas, y estaban muy adornadas: cuadros separados por festones de verdura, cubrian las paredes. Los días de fiesta se derramaban en la nave aguas olorosas, y el Santuario estaba alfombrado de flores.

“A esta poética y fiel pintura de los templos del Paraguay, es preciso añadir un cuadro de la devocion de los Indios. Oigamos á un testigo ocular referir como observaban aquellos pueblos la religion cristiana.

“Al rayar el día toca la campana para llamar al pueblo á la Iglesia: un misionero recita la oracion matinal, y dice en seguida la misa, despues de lo cual cada uno se retira para atender á sus quehaceres. A las ocho, todos los niños de ménos de doce años van á la Iglesia, donde, despues del rezo de por la mañana, recitan de memoria y en alta voz el catecismo. Los niños colocados en el Santuario empiezan, y las niñas desde la nave repiten lo que dicen aquellos: en seguida oyen misa, luego dan la leccion de catecismo, y despues se van de dos en dos á sus escuelas. Es cosa que enternece, la modestia y la devocion de aquellas criaturas. Al anochecer se toca á oraciones, despues de lo cual se reza el rosario á dos coros: pocas personas se dispensan de este ejercicio, y los que, por razones poderosas no pueden ir á la Iglesia, nunca dejan de rezarle en sus casas.

“Los domingos y días de fiesta se dicen tres misas mayores, y en cada misa hay un sermón. Todos los juéves se bendice el Santísimo Sacramento, segun el permiso obtenido del Papa, y al ver la concurrencia de los fieles que acuden á esta ceremonia, no parece sino que todos los juéves del año son otros tantos días festivos. Siempre que se lleva el Viático á los enfermos, cierto número de individuos de la cofradía del Santísimo Sacramento deben acompañar á nuestro Señor con hachas encendidas. Su fé es tan viva, que la penitencia que mas les affige cuando han cometido alguna falta, es verse privados de este honor.

“El carácter de los Indios convertidos era en un todo conforme á la idea que dan de él estos hábitos de dulce piedad. Los misioneros habian establecido leyes penales, cuya mansedumbre deberia ser un motivo de reflexion para los legisladores de Europa, y durante todo el tiempo que duraron las Repúblicas del Paraguay, apenas se presentaron dos ó tres casos en que estas leyes fueron aplicables en todo su rigor: el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros hacian estos milagros entre unas hordas ántes tan feroces. Sus costumbres habian llegado á ser tan apacibles y puras, que el Obispo de Buenos Aires escribia á Felipe V, que no creia, que, en todas las aldeas indias, se cometiese jamás un solo pecado mortal.

“Tal era la sociedad que establecieron los Jesuitas en el Para-

guay: por tales obras los han calumniado atrozmente los filósofos del siglo XVIII! ¿Por qué han prevalecido esas calumnias? ese es el secreto de la Providencia. Los Indios de las aldeas pagaban puntualmente sus tributos: se unian á los ejércitos españoles en todas las guerras: eran súbditos libres, pero fieles, y sin embargo en 1757 la corte de Madrid los entregó, como un rebaño de esclavos, á la corte de Portugal. No quisieron los Indios dejarse traspasar de mano á mano, y tomaron las armas, pero no tardaron en ser derrotados.”

Cualquiera que haya leído atentamente el artículo que acabamos de insertar, convendrá en que los Jesuitas hicieron fructificar sus trabajos, por medio de las misiones que emprendieron en el Paraguay, y que esos trabajos fructificaron en favor de la Iglesia y del Estado; de manera, que estos hombres son admirables, porque pueden ser considerados como edificantes y celosos ministros del altar, como sábios legisladores, y como excelentes mandarines. Indudablemente, bajo una simple sotana, descubrimos á un hombre rico en ciencia de gobierno político y eclesiástico; rico en artes; rico en elementos abundantísimos de todas clases, para sembrar y cosechar en favor de las dos potestades. De la Iglesia, porque segun el testimonio *respetable respetabilísimo* del Obispo de Buenos Aires, en las aldeas indias jamás se cometia un pecado mortal. ¡Jamás!... ¡Ah! Si no fuera ese testimonio producido por una persona tan respetable, y transmitido á otra de no menor categoría, pareceria increíble, inverosímil, hinchado. ¿Y podremos siquiera penetrar el sentido de esas versiones? ¿Podremos asentir en que en las poblaciones indias se encontraban individuos de ámbos sexos tan puros y tan santificados? Pues ello es cierto, aunque nos parezca de difícil creencia. Pero ¿por qué se obtuvieron esos resultados tan asombrosos? Ya lo hemos oido decir. Porque el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros, hacian estos milagros entre unas hordas ántes tan feroces. Y en efecto: la lectura del libro de Dios, es demasiado útil, porque frecuentemente se están repasando los deberes que tenemos para con el Supremo Hacedor, y los continuos sermones y explicaciones de los ministros del Señor, hacen que grabemos perfectamente en nuestra memoria y en nuestro corazón lo que nos enseñan: la moral entonces prevalece y se mantiene intacta, y esta moral nos demuestra la necesidad en que nos hallamos de ser virtuosos. Supongamos por un momento que nos trasladamos al tiempo de los Jesuitas, y que vemos lo que hacian en aquella época. Parécenos que congregaban al pueblo en el templo, y que en los sermones que habia, los Jesuitas procuraban tratar sucesivamente de las virtudes que encierra nuestra religion, para conducir al rebaño de Jesucristo á la perfeccion de la vida cristiana. Parécenos, repetimos, que los Jesuitas hablaban á su auditorio acerca de una sola virtud, y que la inculcaban en el ánimo de sus oyentes. Es claro entonces que enseñando y haciendo practicar estas virtudes, los hombres que eran discípulos de esos beneméritos misioneros, llegarían á

ser humildes, caritativos, castos, honestos, pudentes, sabios, fuertes, justos, integros, de buena fe, y de consiguiente que Dios bendeciera aquellos lugares, porque los Indios eran perfectos cristianos, y jamás desmayaban, porque tenían buenos maestros y habia la facilidad de que se cubriera la vacante que se advirtiese, por muerte ó separacion de cualquiera de los Jesuitas.

Estos fueron en extremo ingeniosos y sagaces, cuando para convertir á los Indios, ocurrieron al arbitrio de seducirlos por medio de la música, entonando cánticos de alabanzas á Dios Todopoderoso; de suerte, que advertimos que los Jesuitas aun en medio de sus recreaciones, estaban escuchados, si nos es lícito decirlo así, con el espíritu de Dios, logrando por este medio reunir á los bárbaros en sociedad. Ahora bien: preguntamos, si los Jesuitas, en vez de tenderles esas inocentes redes, y de tocar la fibra mas delicada de los Indios, con la dulce armonía de la música, se hubieran hecho temibles, por ir escoltados por un ejército, y rodeados de un aparato formidable é imponente, preguntamos otra vez, ¿hubieran los Jesuitas fructificado con tanto provecho? Respondemos que nó. Los Indios hubieran mirado á los Jesuitas como á sus mas encarnizados enemigos, y jamás habrían gozado de las dulzuras de la sociedad, porque los Jesuitas erraban entonces el camino, y se hacian indignos de las simpatías de los Indios. Pero como estos hombres son grandes en la extension de la palabra, y reunen la prudencia á la perspicacia, conocieron que la religion de Jesucristo jamás se introduce por la fuerza, y conquista el corazon de una manera dura é irritante. Conocieron, decimos, que el espíritu de esa religion no es perseguidor, sino perseguido: que no es aterrador sino convincente, y que no quiere sino el corazon y la voluntad de sus hijos: que por sí sola se hace amar, y que, en fin, cuantos son sus secuaces, advierten que sus armas no son los tormentos, la afrenta, la muerte; sino la persuasion y la bondad de su naturaleza, que su yugo es suave, y los medios de que usa para establecerse, son la suavidad, la caridad con que trata á todos sus hijos, y el espíritu de fraternidad con el que están estrechamente unidos todos los hombres.

El libro de Dios y el ejemplo de los misioneros hacian esos estupendos milagros, y no es de difícil creencia, porque los libros sagrados y los tratados de la moral, son precisamente los que forman el corazon de los hombres, y la bondad de los súbditos: es preciso, pues, que el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros hubieran presentado á nuestra consideracion los grandes resultados que alcanzaron los Jesuitas, y que nos parecen fabulosos; pero los libros de Dios nos están indicando frecuentemente, repetidos y multiplicados ejemplos de que los hombres son lo que deben ser con el temor de Dios, y la historia de los Jesuitas nos lo comprueba de una manera evidente é indudable. Sabido es que los Judíos padecieron duras servidumbres, cuando se olvidaban de Dios; pero que tan luego como lo reconocian

y se confesaban culpables, el Señor usaba de misericordia con ellos: "La familia de Jacob, dice el Doctor Rigual (1), que pasó á establecerse en Gessen, viéndose oprimida de los Egipcios, y hecha esclava de Pharaon, gimió muchos años en aquel país, lloró su desventurada suerte, y en medio de sus trabajos clamó á Dios por su alivio y libertad; y el Señor, que con ojos de piedad se dignó mirar la tribulacion que padecia su pueblo escogido, oyó sus repetidos clamores, y para darles su consolacion y libertad, hizo nacer á Moisés, á quien destinó la Providencia para manifestar una larga série de prodigios, de misterios y de gracias, que empezaron á brillar desde su cuna." La historia de este pueblo privilegiado é ingrato, nos acredita, que inmediatamente que olvidaba el libro de Dios, ó propiamente dicho, su santa ley, era abandonado á su triste suerte y entregado á la servidumbre, perdiendo su nacionalidad; pero que luego que se arrepentia y clamaba al Señor, luego que estudiaba el libro de Dios, era tratado misericordiosamente, porque sin remision ha de cumplirse lo que el Señor ha dicho. *Si ergo audieritis vocem meam, et custodieritis pactum meum, eritis mihi in peculium de cunctis populis: mea est enim omnis terra.—Et vos eritis mihi in regnum sacerdotale, et gens sancta.* (Exod. cap. 29 V. 5 y 6) "Pues si oyereis mi voz, y guardareis mi pacto, sereis para mí una porcion escogida entre todos los pueblos: porque mia es toda la tierra.—Y vosotros sereis para mí un reino sacerdotal, y una nacion santa." Por lo mismo, luego que se hubieron santificado, se hicieron dignos los Judíos de recibir la ley de Dios; pero tan luego como se contaminaron adorando un becerro de oro, oímos esas terribles palabras del Señor: *Dimitte me ut irascatur furor meus contra eos, et deleam eos, faciamque te in gentem magnam.* "Déjame, que se enoje mi saña contra ellos, y que los deshaga, y te haré caudillo de un grande pueblo;" sin embargo, en toda la historia de ese gran pueblo, encontramos siempre castigada severamente la ingratitud que mostraba á Dios, y extraordinariamente recompensada su fidelidad. Othoniel, elegido de Dios para capitán, juez y salvador del pueblo de Dios, sacó á los Israelitas de la esclavitud de Chusan, rey de Mesopotamia, bajo cuyo dominio vivieron oprimidos ocho años, y este fué el primer cautiverio que padeció el pueblo de Dios en la tierra de promision por su pecado de idolatria. Othoniel juzgó las civiles disensiones, castigó los delitos y defendió con las armas la libertad de los Israelitas, por espacio de cuarenta años —Olvidado el pueblo de Israel de sus desgracias pasadas y padecidas por sus desórdenes, volvió á caer en la idolatria, y por ella en manos de Eglon, rey de los Moabitas, á quien sirvieron de esclavos diez y ocho años: clamaron á Dios, y el Señor les dió por juez y libertador á Aod. —Aod, varon esforzado, que usaba de la mano siniestra como de la de-

(1) En su historia cronológica del Pueblo Hebréo, de su Religion y Gobierno político, p. 45.

recha, quitó la vida al tirano rey Eglon, infundió terror y espanto á los Moabitas, y puso en libertad al pueblo de Dios, á quien gobernó ochenta años.—Samgar, labrador, que con su reja mató á seiscientos Philisteos, sucedió á Aod, y gobernó á los Israelitas algunos meses.—Mas insolente el pueblo de Israel con las dichas que lograba en su libertad, volvió tercera vez á caer en el desorden, y en manos de Jabin rey de Canaan, bajo cuyo dominio sufrió una dura y larga esclavitud de veinte años; pero sus ruegos y su arrepentimiento, alcanzaron de Dios el consuelo, por medio de Débora y de Barac.—En estos tiempos vivía Ruth, muger de Booz, de cuyo matrimonio nació Obed, padre de Isaí, ó Jesé, que fué padre de David.—Débora, muger la más sabia de Israel, profetiza, y favorecida de la gracia de Dios, gobernó al pueblo de Israel, llamó á Barac, á quien asoció en el mando, le encargó la expedición contra Jabin, derrotó Barac al ejército enemigo, y sacó de la esclavitud á los Israelitas, á quienes Débora y Barac gobernaron cuarenta años.—Cuarta vez se dejaron llevar de la idolatría los Israelitas, y hallaron tambien el castigo en una dura opresion en que les tuvieron los Madianitas siete años, hasta que sus clamores movieron á la misericordia de Dios á darles por juez y capitán á Gedeon.—Gedeon, varon fuerte, escogido de Dios para hacer la guerra contra los Madianitas, en una noche, con solos trescientos hombres que componian su ejército, desbarató las tropas enemigas en número de ciento veinte mil combatientes, reportó una completa victoria, y puso en libertad á los Israelitas, á quienes gobernó cuarenta años (1).—Quinta vez reincidió Israel en la idolatría, adoró á Baal y

(1) Gedeon, varon fuerte como le llamamos en el texto, libertó á Israel de la dura opresion en que estaba sumergido, en virtud y por medio de la eficacia con que clamó todo el pueblo al Señor, porque efectivamente no nos debemos equivocar. Mientras que estemos dotados del santo temor de Dios, hemos de ser felices naturalmente, como lo fueron los Indios del Paraguay, todo el tiempo que estuvieron sujetos al gobierno de los Jesuitas, y lo prueba la historia de Gedeon, la cual es admirable, segun la refieren los libros sagrados. Conforme á su tenor expreso, los hijos de Israel hicieron lo malo delante del Señor: el cual los entregó en manos de Madian por siete años, y fueron oprimidos por ellos en grande manera: se hicieron grutas y cavernas en los montes, y lugares muy fuertes para resistir. Cuando los Israelitas habian sembrado, subian los Madianitas y los Amalecitas, y las otras naciones de Oriente; y plantando las tiendas cerca de ellos, lo talaban todo, cuando aun estaba en yerba, hasta la entrada de Gaza: y no dejaban á los Israelitas nada de lo que es necesario para la vida, ni ovejas, ni bueyes, ni asnos. Porque venian ellos con todos sus ganados y tiendas, y á manera de langostas lo cubrian todo con una multitud innumerable de hombres y de camellos, desolando todo cuanto tocaban. Israel, pues, fué en extremo humillado en presencia de Madian, y pidió al Señor socorro contra sus opresores. El Señor les envió un profeta, que les dijo: *Hæc dicit Dominus Deus Israël. Ego vos feci conscendere de Egipto, et eduxi vos de domo servitutis.—Et liberavi de manu Egiptiorum, et omnium inimicorum, qui affligebant vos: ejecique eos ad introitum vestrum, et tradidi vobis terram eorum. Et dixit Ego Dominus Deus vester, ne timeatis deos Amorrhæorum, in quorum terra habitatis. Et nolistis audire vocem*

Astaroth, por cuyo delito se vió hecho esclavo de los Ammonitas y Philisteos, diez y ocho años, hasta que arrepentidos arrojaron de sus casas todos los ídolos, clamaron á Dios misericordia, y el Señor les dió por Juez á Jephthé. Este, que fué sucesor de Jair, movió su ejército contra los Ammonitas, los rindió, destruyó y demolió sus ciudades: salió Israel con el triunfo, con la libertad y con la gloria, y solo Jephthé halló la infelicidad en la victoria: habia prometido sacrificar á Dios lo primero que hallase de su casa; fué su hija la que, noticiosa de la vuelta de su padre, salió á recibirle, y sirvió de victima al cumplimiento de su voto: gobernó Jephthé seis años. Sexta vez ca-

meam. (Lib. de los Jueces, cap. 6. vv. 8. 9 y 10.) Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo os hice subir de Egipto, y os saqué de la casa de la esclavitud.—Y os libré del poder de los Egipcios, y de todos los enemigos que os maltrataban: y los eché cuando entrasteis, y os entregué su tierra.—Y dije: Yo soy el Señor Dios vuestro, no temais los dioses de los Amorreos, en cuya tierra habitais. Y no quisisteis oír mi voz. Vino, pues, el Angel del Señor, y se sentó debajo de la encina que habia en Ephra, y pertenecía á Joás, padre de la familia de Ezri. Y como su hijo Gedeon, sacudiese y limpiase el grano en el lagar, para esconderlo de los Madianitas, apareciósele el Angel del Señor, y dijo: *El Señor es contigo, ó el mas fuerte de los hombres.* Gedeon le respondió: *Por vida vuestra, Señor mio, si el Señor es con nosotros, ¿cómo es que nos han alcanzado todos estos males? ¿dónde estan aquellas sus maravillas, que nos contaron nuestros padres, diciendo: El Señor nos sacó de Egipto? Mas ahora el Señor nos ha desamparado, y entregado en poder de Madian.*—Y miróle el Señor, y dijole: Ve con esta tu fortaleza, y libraras á Israel del poder de Madian: sabe que yo soy el que te envío.—El respondió y dijo: *¿Cómo, te ruego me digas, Señor mio, podré yo librar á Israel? mira que mi familia es la minima de Manasses, y yo el menor en la casa de mi padre.*—Y dijole el Señor: Yo seré contigo: y derrotaras á Madian, como si fuera un solo hombre.—Y él: Si he hallado gracia, replicó, delante de tí, dame una señal de que eres tú el que habla conmigo.—Y no te retires de aquí, hasta tanto que vuelva á tí, y traiga un sacrificio y te lo ofrezca. Y a suel respondió: Yo esperaré hasta que vuelvas.—Entróse, pues, Gedeon, y coció un cabrito, y de un modio de harina hizo panes azimos: y poniendo la carne en un canastillo, y echando en una olla el caldo de la carne, llevólo todo debajo de la encina, y se lo presentó.—Dijole el Angel del Señor: Toma la carne y los panes azimos, y ponlo sobre aquella piedra, y derrama encima el caldo. Gedeon, pues, obedeció, y el Angel del Señor extendió entonces la punta del báculo, que tenia en la mano, tocó la carne y los panes azimos: salió fuego de la piedra, consumió la carne y los panes azimos, desapareciendo en seguida el Angel del Señor de los ojos de Gedeon, quien exclamó: *¡Ay de mí, Señor Dios: que he visto al Angel del Señor cara á cara.*—Y el Señor le respondió: *Paz sea contigo, no temas, no moriras.*—En consecuencia, Gedeon edificó allí un altar al Señor, y llamólo la paz del Señor, como se llama hasta este dia. Y estando en Ephra, que pertenece á la familia de Ezri, dijole el Señor aquella noche: *Toma un toro de tu padre y otro de siete años, y destruiras el altar de Baal, que es de tu padre: y corta el bosque que está al contorno del altar: Y edificarás un altar al Señor Dios tuyo en lo alto de esta piedra, sobre la que pusiste antes el sacrificio: y tomarás el segundo toro, y lo ofrecerás en holocausto sobre un haz de la leña, que habras cortado del bosque.* Habiendo, pues, Gedeon tomado consigo diez de sus siervos, cumolió las ordenes del Señor; pero por temor de la familia de su padre, y de los hombres de aquella ciudad, no quiso hacerlo el dia, sino que lo ejecutó todo de noche. Luego que los habitantes de aquel pueblo, pudieron informarse de semejantes acontecimientos, exclamaron: *¿Quién ha hecho esto?*

yeron los Israelitas en la idolatría, y en manos de los Philisteos, bajo cuya esclavitud vivieron oprimidos cuarenta años.—Samson, hombre de un prodigioso valor, desbarató á los Philisteos, les dejó burlados, les quitó la vida, y con su propia muerte libertó á los Israelitas después de haberles gobernado veinte años.—Heli, pontífice del pueblo de Israel, á cuya dignidad se juntó la de juez, varon bueno, pero de ánimo remiso y sin valor para reprender ni castigar á sus dos hijos perversos Ophni y Phinees, vió caer sobre su familia y sobre el pueblo de Israel, la maldición que le amenazó Dios, por el sacrilego desorden de sus hijos en el sagrado ministerio: Israel fué vencido de los

y buscando y encontrando al autor, quisieron que Joas les entregase á Gedeon para castigarlo: pero Joas repuso: *Acaso sois los vengadores de Baal para combatir por él?* "El que fuere enemigo suyo, continuó, muera antes que venga la luz de la mañana: si él es Dios, vénguese del que ha derribado su altar." Juntáronse, pues, los Madianitas y Amalecitas, así como los pueblos del Oriente: y pasando el Jordán, acamparon en el valle de Jezrael. Entonces Gedeon, ó lo que es lo mismo, Jerobaal, revistiéndose del espíritu de Dios, y tocando la trompeta, convocó la casa de Abiezer, para que lo siguiese. También envió mensajeros á todo Manasses, quien igualmente lo siguió, á Aser, á Zabulon y á Néphthali, que le salieron al encuentro. Y dijo Gedeon á Dios: *Si has de salvar á Israel por mi mano, como lo has dicho, pondré este vellocino de lana en la era: si el rocío cayere en solo el vellocino, y toda la tierra quedase seca, sabré que salvarás á Israel por mi mano, conforme has dicho.* Así sucedió, de modo que levantándose Gedeon antes de amanecer, esprimió el vellocino, y llenó una taza de rocío. Y dijo nuevamente á Dios: *No se encienda tu furor contra mí, si aun probare otra vez, pidiendo una señal en el vellocino. Ruegote que solo el vellocino quede seco, y toda la tierra mojada del rocío.* El Señor, pues, se dignó dar esta prueba que le exigió Gedeon. En seguida este libertó al pueblo de Israel, oponiendo 300 hombres á los 120 mil combatientes referidos en el texto, pues el Señor no quiso que peleasen los 22 mil hombres capaces de llevar las armas, que encontró Gedeon, ni los 10 mil que resultaron áptos después de la separación que hizo, conforme asienta el Capítulo 7.º del libro de los Jueces. Del Cap. 6.º de ese libro, podemos decir, que casi literalmente hemos copiado la historia que acabamos de insertar, para probar, que efectivamente los Jesuitas pudieron ser felices y hacer dichosos á los Indios del Paraguay, gobernando la sociedad que habian formado, con el libro de Dios y el ejemplo que daban. De consiguiente, el que consulte tanto el preciosísimo pasaje que hemos producido, como los innumerables episodios de la misma especie de que abunda la historia sagrada, no podrá menos que conformarse con la exactitud del aserto que hemos establecido en el texto. El temor de Dios hace grandes maravillas, y es el principio de la sabiduría, como es sabido. Vemos que apenas los Judíos se mostraban rebeldes al Señor, cuando inmediatamente eran abandonados en las manos de enemigos, de quienes recibían el trato mas duro é intolerable; pero que luego que se arrepentían, Dios les mostraba un semblante propicio, digámoslo así, y manifestaba todo su esplendor, todo su poder y toda su misericordia, de tal manera que dejaba absortos á todos los circunstantes. Compárense estos hechos con los que nos relata la historia de los Jesuitas en el Paraguay, y ciertamente no extrañaremos los estupendos milagros que hicieron entre los Indios de aquellas comarcas, el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros. No queremos hacer mas difusa esta nota; y por lo mismo, en el texto nos ocuparemos de las observaciones que convienen en este lugar, las que faltan, y las que omitimos aquí en obsequio de no distraer la atención de los lectores del asunto principal.

Philisteos. Ophni y Phinees, murieron por manos de sus enemigos: el Arca de la Alianza quedó en poder de los idólatras, y Heli cayó muerto de un accidente, después de haber gobernado cuarenta años.—Samuel, profeta santo y varon recto, de ánimo puro y sencillo, sucedió á Heli, exhortó á Israel á detestar la idolatría, á hacer penitencia, y á convertirse de veras á su Dios: con estas armas abatió al Philisteo, exaltó á Israel, hizo revivir la religion y el culto: el Arca del Señor infundió el terror á los idólatras, ya destrozando al ídolo Dagon, ya castigando á los Azocios, ya llenando de asquerosos é insufribles males á los Accaronitas y á los demás pueblos idólatras por donde pasaba, obligándoles con esto á volverla á toda prisa á los Israelitas, por cuyas manos fué trasladada á Cariathiarim, á la casa de Abinadab.

Esta historia de los Judíos, que hemos tomado de la obra que escribió el Doctor D. José Rigual, con el título de: "Historia cronológica del Pueblo Hebreo, de su religion y gobierno político," nos demuestra claramente, que los Israelitas fueron felices, mientras que el libro de Dios era el regulador de todas sus acciones, y que su desdicha consistía en el olvido que padecían, por lo que mira á este preciosísimo documento; pues del mismo modo todos los pueblos deben ser sumamente dichosos, siempre que sean santificados, que tengan fé, que sean justos, caritativos, castos; siempre que no sean sórdidos, ni que se dejen arrastrar de sus asquerosas pasiones; esto es, conseguirán su felicidad, cuando se hallen justificados en la presencia de Dios; de consiguiente, habiendo obrado los Jesuitas, la justificación de los Indios del Paraguay por medio del libro de Dios, y del ejemplo que daban, queda plenamente probada la primera parte de nuestra proposición; á saber, que los Jesuitas sembraron y cosecharon en favor de la potestad eclesiástica.

Hemos visto que los Judíos, cuando consultaban el libro de Dios, gozaban de su independencía y libertad, así como tambien de todos los bienes que les eran anexos. Pues bien: en el fondo de esa historia, y si nos fuera permitido, digámoslo así, esprimirla, como Gedeon esprimió el vellocino de lana, que estaba lleno de rocío, veríamos que ella hacia establecer un principio, cual es que lo que sucedía á los Judíos, sucede á todas las naciones; es decir, que son desgraciadas, cuando se apartan de Dios y de su religion; que por el contrario, son felices, siempre que le temen y observan su culto escrupulosamente, y esto no lo decimos nosotros, que somos hombres miserables, sino que lo vemos expresamente consignado en los libros sagrados. Si nos detenemos un poco en registrarlos, hallaremos desde luego que el Señor promete su felicidad á los que guardaren sus mandamientos, como consta del Cap. 26 del Levítico, segun puede verse en el versículo 3.º y siguientes hasta el 12.º, amenazando con terribles castigos á los transgresores, como dice en el mismo Levítico, y se lee desde el versículo 15 hasta el 44 del capítulo que hemos citado. Véase sobre es-

to el libro de los números, Cap. 14, vv. 22 23 y 30 hasta el 26 y el Deuteronomio, Cap. 11, v. 26 y siguientes hasta el 28.

Todos esos documentos, que son irrefragables, nos mostrarán evidentemente, que Dios ha de morar entre sus verdaderos amigos, á quienes prodigará mil beneficios, mostrándoseles propicio, y bendiciendo sus obras; no hay duda de que así obrará irremisiblemente, supuesto que ha dicho por boca de Jesucristo: *Amen quippe dico vobis donec transeat coelum et terra, jota unum, aut unus apex non praeteribit à lege, donec omnia fiant* (1). Los Jesuitas, pues, que son hombres sumamente grandes y extraordinarios, conocieron sin duda alguna, los felices resultados que produciría el libro de Dios en el ánimo de sus colonos. El bien que hicieron fué trascendental en beneficio de los Indios, y ellos se adquirieron un título de inmortalidad, que confesarán sin embarazo, los que pensando juiciosa é imparcialmente, merezcan el epíteto de sensatos y hombres cuerdos. Sin duda alguna, los Jesuitas son dignos de todo encomio, porque, segun el testimonio del Obispo de Buenos Aires, jamás se cometía en las aldeas indias un solo pecado mortal, y bajo este concepto, la Iglesia fué bien servida, porque los Jesuitas sembraron y cosecharon en su favor con tanto fruto. El que conozca la torpeza de los Indios, su imbecilidad, sus costumbres, y sin embargo de todos esos malos elementos, advierta, que los Jesuitas consiguieron un gran triunfo en el corazon de ellos, y en favor de las dos potestades, habrá procedido con justicia, y hecho la apología mas completa de esos famosísimos misioneros.

Estos tambien cosecharon para la potestad civil, porque preguntamos ¿qué hombre que sea un fiel discípulo de Jesucristo, podrá ser mal ciudadano? Aprendiendo bien la moral, é inculcándole en su corazon el conocimiento de las obligaciones que tiene para con Dios, evidentemente ya aprendió tambien los deberes que tiene para consigo mismo, y para con sus semejantes. Los Jesuitas sin duda con el libro de Dios, y con su ejemplo, enseñaron á los Indios á ser buenos súbditos, pues no les ocultarian que el mismo Apóstol San Pedro, dice: *Subjecti igitur estote omni humanae creaturae propter Deum: sive regi quasi praecellenti: sive ducibus tamquam ab eo missis ad vindictam malefactorum, laudem verò bonorum* (2). Sin embargo, podrémos tambien decir, que los Jesuitas no olvidaron este asunto tan interesante, pues que quisieron siempre sujetar á los Indios al dominio del monarca español, y no establecer poblaciones independientes. Los Jesuitas con su ejemplo, hacian estos progresos, pues eran fieles vasallos, y era preciso que los Indios que recibian su ejemplo, fueran igualmente buenos súbditos; de manera que con razon hemos probado, que el libro de Dios y el ejemplo de los misioneros, produjeron las maravillas que hemos referido de las misiones del Paraguay; y necesariamente

(1) S. Math. Cap. 5. v. 18.
 (2) Epist. 1.ª Cap. 2. vv. 13 y 14.

debió ser así, pues que, como dice Filangieri (1) refiriéndose á los filósofos griegos, el hombre, es animal de imitacion, ó sumamente imitador. Pero cuando hay testimonios irrefragables y autoridades que no pueden negarse ni menoscabarse, los raciocinios ciertamente están por demás, y en la cuestion que estamos ventilando, observamos, que cuando los misioneros del Paraguay notaron los pocos resultados que obtenian sus trabajos, ocurrieron á la corte de Madrid, representando como respetuosos súbditos, que *el poco éxito de sus misiones dependia de la violencia de los españoles, y del odio que sus desafueros inspiraban por do quiera á los naturales del pais: aseguraron que removido este obstáculo, el cristianismo huria inmensos progresos en las partes mas desconocidas de la America, y que podria reducirse todo el Paraguay al dominio de España y de las indias sin gasto alguno, y casi sin efusion de sangre.* Tal es el testimonio que vemos consignado en el cuerpo del artículo que insertamos antes; y en el epilogo de ese mismo artículo, leemos, que *los Indios de las aldeas pagaban puntualmente sus tributos: se unian á los ejércitos españoles en todas las guerras: y eran súbditos libres pero fieles.*

Bajo este concepto, se percibe con la mayor claridad, que los Jesuitas del Paraguay, sembraron y cosecharon en favor del Estado: porque los testimonios que acabamos de producir, nos están indicando, que los misioneros no se levantaron con las poblaciones que formaban, como pudieron hacerlo fácilmente, atendiendo á que los españoles eran odiados de los Indios por sus desafueros, sino que apenas necesitaron de ocurrir á sus legítimas autoridades, cuando desde luego se manifestaron buenos españoles, y les pidieron su auxilio para efectuar una empresa toda española. Los Jesuitas, pues, no se en señorearon con su obra; ántes bien, consideraron sus misiones como una empresa cuya realizacion demandaban la religion y el Estado. Apenas necesitaban los Jesuitas, decimos, impetrar el auxilio de las autoridades españolas, cuando se presentaban á ellas como suplicantes, pudiendo hacerlo como señores, pues es sabido, que los Portugueses, mas crueles que los conquistadores españoles, salian de las fronteras del Brasil para hacer irrupciones; unas veces con el fin de estender mas su territorio, y otras para hacer esclavos suyos á los Indios que podian agarrar, llegando algunas veces hasta los pueblos reducidos; y los Jesuitas para defender sus pueblos, establecieron un sistema militar. Habia, pues, en cada reduccion dos compañías de milicias bien disciplinadas, provistas de armas blancas y de fuego, con oficiales experimentados, y puestas al mando del Cacique su gefe natural; de modo, que si la República era amenazada por indios salvages ó por Portugueses, reunidas prontamente las compañías de las varias reducciones bajo sus cabos, presentaban una fuerza tan respetable, que nunca llegó caso que los enemigos les presentasen la cara.

(1) Ciencia de la Legislacion, Lib. 4.º Cap. 10, Art. 2.º

Decíamos, que los Jesuitas podían presentarse á las autoridades españolas, ó á la corte de Madrid, como señores y no como suplicantes, porque supuesto que habían establecido ó formado tropas que observaban buena disciplina, y que quizá eran aguerridas también, los Jesuitas, ya estaban bien apoyados, porque los Indios del Paraguay miraban á sus predicadores como á raza superior á los demás españoles, y así los escuchaban. El influjo que ejercían los misioneros, bastaba para que hubieran formado sin obstáculo grandes y poderosas naciones, y los Jesuitas habrían podido, queriendo gobernar y presentar al mundo entero nuevas potencias, independientes del dominio del monarca español. Y lo que decimos, no es una mera paradoja, porque el rápido adelantamiento de estas misiones, avivó el zelo de sus misioneros; mientras mas se aumentaban estos, tantos mas pueblos aparecían en aquellos desiertos, y uniendo todos sus esfuerzos al interés común del bien público, crecía aquella sociedad indefinible. Sin soberano, sin instituciones de nobleza predominante, sin representación popular, sin imposición religiosa, sin ejércitos ni terror, se vió formada una nación, que reconocía superiores en la que vivían subordinados, sin opresión ni mendicidad, sin código penal, porque no había delitos, y sin leyes civiles, porque no había injurias; las artes estaban cultivadas, la religión triunfaba en la unidad de la fé y en la pompa de sus ceremonias; y la prosperidad progresó tanto, que en el espacio de poco mas de un siglo, los pueblos de misiones bajo los Jesuitas, contenían, segun el informe del Gobernador Barba al Rey en 1730, 40.000 indios tributarios de diez y ocho á cincuenta años; y contando las mugeres, niños, ancianos y otros exceptuados en aquella lista, á razon de siete personas por cada tributario, componían una poblacion de 280.000 almas.

Sin embargo, los que se hallan instruidos en esta historia, y observan que los derechos y dominio de la monarquía española, en nada se alteraron por la parte del Paraguay, harán la justicia de conceder, que los Jesuitas son hombres utilísimos, pero no ambiciosos. No quisieron, por lo mismo, aprovechar su influjo y declarar su independencia de la metrópoli, pudiendo hacerlo, porque con una poblacion de 280.000 almas, bien pudieron constituirse, tanto mas que aquella nación, debida á los esfuerzos é infatigables tareas de los Jesuitas, presentaba todo el aparato de las grandes ciudades, como que se ocupaban en el cultivo de algodón y del hilado, que era propio de las mugeres; había talleres para las artes, principalmente aquellas que eran mas útiles y necesarias, como herrerías, platería, dorado, carpintería, tejidos, fundicion y otras de agrado, como la pintura, escultura y música; los efectos comerciales así en rama como fabricados, entraban en el giro de la negociacion. Los mas considerables de estos artículos eran la yerba del Paraguay, la cera, la miel y los lienzos de algodón. Los artículos de comercio salían de la Provincia, y la mayor parte se consumía en Buenos Aires. Las habitaciones de estos pue-

blos al principio eran reducidas; no conocían muebles casi ningunos; sus camas eran hamacas, se sentaban y comían en el suelo; pero al paso que se iban civilizando, sus habitaciones tenían mas regularidad y conveniencias. En cada pueblo había una casa llamada de refugio, donde se mantenían en reclusion las mugeres que no tenían hijos que criar durante la ausencia larga del marido, las viudas, los enfermos habituales, los viejos y estropeados. Allí se les sustentaba y vestía, aplicándolos á aquel género de trabajo que sufría su capacidad para mantenerlos en accion.—Un templo magnífico ocupaba el lugar mas preeminente de cada pueblo, y estos edificios eran comparables á los mas bellos de Europa. Los oficios divinos se hacían con grande solemnidad; las ceremonias se practicaban con un aparato magestuoso. Una música sagrada mantenía absortas las almas de los oyentes, mientras que sus corazones estaban penetrados con los cánticos de alabanzas. Las pinturas que hablaban á los ojos, les recordaba las virtudes de los personages que representaban; el adorno del templo, la nube de incienso que lo cubría, el alegre ruido de las campanas, todo concurría á mantener á los Indios con sus sentidos llenos de placer, sus corazones llenos de piedad. Así era Dios adorado, la religion amada, los ministros respetados, y la congregacion edificada.—En estas reducciones había escuelas públicas de primera enseñanza, donde los niños aprendían á leer, escribir y contar. Escuelas de música, donde se les enseñaban á tocar toda clase de instrumentos construidos por los mismos indios, sobre el modelo de los que se les daban. El canto por las notas se cultivaba con igual esmero por los aires mas difíciles del arte de la música, tan suelto, elegante y natural, que parecia cantaban por instinto como los pájaros.—Los Jesuitas realizaron en estas reducciones el proyecto de los cementerios, que muchos años despues ha querido plantar el gobierno español en la Península, y despues de muchos edictos, consultas y medidas no lo ha podido lograr. Estos cementerios eran cuadros espaciosos de terreno, cercados de pared, y adornados con varias hileras de cipreses, laureles, naranjos, limones y otros árboles que crecían vistosamente bajo el clima lujuriente de aquel pais. Las calles de los pueblos eran tiradas á cordel; la plaza ocupa el centro, donde hacían frente la Iglesia y los arsenales. Al lado de aquella estaba el colegio de los misioneros, y despues seguía una linea de edificios públicos como almacenes, graneros y talleres.—Para el mejor mantenimiento del orden público, la campana anunciaba á una hora determinada en la noche, el tiempo en que todos debían ir á recogerse. Una patrulla celadora, que se remudaba de tres en tres horas, velaba sobre la observancia de esta ordenanza. De cuando en cuando se permitían regocijos públicos, que venían á ser unas gimnásticas, donde la salud adquiría fuerzas, y aumento la virtud.

Las colonias de los Indios del Paraguay, formaban una nación revestida con el aparato de las grandes ciudades, y todos sus habitan-